

DP 66

L3

v.1



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

PROLOGO.

«En este tiempo de pasiones políticas, en que es tan difícil, cuando se siente alguna actividad de espíritu, no participar de la agitación general, creo haber hallado un medio de reposo en el estudio serio de la historia.»

Son tan adecuadas á mi situación estas palabras con que el erudito Agustin Thierry encabeza su primera carta sobre la historia de Francia, que si no las hubiera hallado escritas hubiera tenido yo que inventarlas para mí. El ilustre autor de la Historia de la Conquista de Inglaterra por los Normandos me ahorró este trabajo.

En efecto, la política es la pasión dominante del siglo. Hijo y heredero de otro siglo filosófico, la filosofía y la política han puesto en tela de discusión cuáles deben ser los principios fundamentales de la gobernación de los hombres.

Las pasiones han convertido la discusion en lucha sangrienta, cuyo término no se ve todavía. Se han dado grandes pasos hácia la verdadera civilizacion, pero he visto con dolor que el siglo de la filosofia política lleva en su seno gran parte de la levadura de los siglos de la fuerza.

Acababa de reproducirse en España esa lucha de ideas en que se habia empeñado desde principio del siglo, y yo participé de la general agitacion. Me sentí estrecho en la tranquila morada en que vivia consagrado á la enseñanza de la juventud, y me lancé á la vida procelosa del escritor político. No tenia que vacilar en la eleccion de bandera; me alisté en la que representaba los principios que habia inculcado ya en las aulas á mis jóvenes alumnos. Adopté el estilo que me pareció mas adecuado y mas eficaz para corregir los errores ó los abusos de los hombres, y tomé un seudónimo que suponía una profesion y estado á que no pertenecia, y que una ley acababa de abolir. Engaño inocente en que cayeron muchos.

Muchas veces en el largo trascurso de años que dediqué á estas tareas, tuve que pasar por las dos grandes pruebas á que se suele someter á los escritores políticos en épocas de turbaciones y de corrupcion, las persecuciones y los halagos. Soporté con serenidad las primeras, y deseché con desden los segundos. Quizá en esto último llevé el santo amor de la independencía hasta el extremo de una adusta altivez. Debo discurrir que esta cualidad, hija del temperamento, y acaso la sana intencion y buen deseo del escritor que se trasluciera ó revelára en sus páginas, sería la que moviera á los pueblos de España á dispensarme aquellas lisonjeras é inmerecidas manifestaciones, ni bus-

casas, ni esperadas, ni desagradecidas, de que es buen librar el verlas pasar sin desvanecimiento.

Perdónese á quien va á consagrar á su patria nuevos é ímprobos trabajos, el disimulable goce de poder consignar no haber recogido por toda remuneracion de las tareas pasadas, sino las amarguras y las satisfacciones morales que produce la severa censura ejercida á conciencia, y en que se ha prohibido la entrada á la lisonja. La mayor de aquellas satisfacciones es haber salvado el piélago de las ambiciones en que tantos han naufragado, y haber atravesado por entre la espesa lluvia de mercedes que pródigos dispensadores han derramado desde el cielo del poder, con la fortuna de no haberse dejado humedecer con una sola gota de ese rocío tentador. No han sido ciertamente la abnegacion y el desinterés ni el carácter distintivo ni las virtudes comunes de la época.

Voy á entrar en una nueva senda literaria, y reconozco por una de las primeras y mas indispensables condiciones para marchar dignamente por ella, el desapasionamiento y la imparcialidad. Veinte volúmenes podrán, acaso, dar algun testimonio de no haberme sido del todo estrañas estas virtudes. ¿Pero quién puede estar seguro de ser siempre y del todo desapasionado, cuando se juzga á los contemporáneos, cuando se desempeña el triple papel de testigo, de actor y de censor simultáneamente? Bien podré, sin embargo, reclamar el derecho de presuncion favorable al disponerme á juzgar los hechos y los hombres de épocas apartadas, que se examinan á la sola luz de los documentos, y en que es infinitamente mas fácil despojarse de su individualidad y mantener fuera de juego las pasiones

propias. Por lo menos dictámelo así mi propia conciencia.

Emprendí las tareas á que me he referido con fé religiosa y con fé política: de ambas llevaba gran dosis. Tengo la fortuna de conservar íntegra la primera. Hubiera vacilado la segunda al presenciar tantos desmanes, tantas miserias en los hombres, si la historia no hubiera acudido á fortalecerla, recordándome á cada paso, por un largo encadenamiento de hechos, que hay un poder más alto que dirige y encamina la marcha de las sociedades, sin que le embaracen los entorpecimientos de la flaqueza ó de la perversidad humana. Titubeaba mi fé en los hombres, pero crecía mi fé en la Providencia.

Creo que nunca son más provechosas y más necesarias á los pueblos las enseñanzas históricas que cuando los conmueven é inquietan los turbulentos debates y las luchas políticas que preludian ó acompañan los cambios y regeneraciones sociales. Los que dirigen los negocios públicos pueden descubrir en los hechos pasados las causas de las necesidades presentes, y por el estudio de los efectos de lo que hicieron y de lo que dejaron de hacer sus antepasados, aprender á mejorar lo existente, con energía, pero sin precipitación, con reflexión, pero sin timidez. Nunca más que en tales ocasiones necesita el pensamiento público de meditar sobre la marcha constante de la humanidad, para no desesperar por los males que experimenta, descubriendo en la ley providencial é infalible que rige sus destinos, los secretos y los consuelos de menos azaroso porvenir. Los obcecados, si alguna vez siquiera abren los ojos para leer, tienen que convencerse de su temeridad en resistir el desarrollo de la razón humana, cuyas conquistas, viniendo

preparadas y como empujadas de antemano, podrán los decretos, las batallas y las revoluciones entorpecer algún tiempo, pero no evitar. No conozco nada, fuera de la religión, que disponga tanto á los hombres á la tolerancia política como la lectura histórica, ni que enseñe tanto á evaluar las mejoras que puede recibir un pueblo por sus elementos sociales y por los grados de su cultura, estableciendo un medio conveniente entre el sistema de inmovilidad ó de retroceso, que intentan los desconocedores del progreso humano, y la precipitación imprudente á que se dejan arrastrar los fogosos. Me penetré, más de lo que estaba, de la utilidad de la historia, y medité si me sería dado contribuir en este terreno al bien de mis compatriotas. Parecióme el más interesante estudio el de la historia nacional. Dejé de tomar parte en los apasionados debates de los vivos, y me dediqué á estudiar los ejemplos de los muertos.

Más para que la historia haga efectivo el título de maestra de los hombres con que la definió Cicerón, para que sus lecciones puedan ser provechosas á la humanidad en el sentido indicado, necesita salir de la esfera de una vasta colección de hechos, á que, si no juzgo mal, ha estado reducida hasta ahora entre nosotros. Menester es entrar en el examen de sus causas, descubrir el enlace de los acontecimientos, revelar por medio de ellos hasta lo posible los grandes fines de la Providencia, las relaciones entre Dios y sus criaturas, la conexión de la vida social de cada pueblo con la vida universal de la humanidad, la trabazón y correspondencia entre las ideas y los hechos, entre lo moral y lo material, presentarla, en fin, como la palabra sucesiva con que Dios está perpétuamente hablando á los

hombres. Necesítase que la historia sea filosófica, y no una compilacion de sucesos que pasaron mas ó menos cerca de nosotros. ¿Tenemos en España una historia que llene estas condiciones?

Cuando yo me hacia á mí mismo esta pregunta, vino á mis manos la obra de un historiador extranjero, en cuyo prefacio, despues de citar las historias de Francia, Inglaterra é Italia, escritas con crítica y á la altura del espíritu filosófico moderno, leí estas palabras: «En cuanto á España, desgraciadamente no hay ningun nombre español que citar, y solo algunos antiguos escritores han dejado obras históricas notables.... La España carece aun de una historia nacional: el genio histórico no se ha desarrollado «todavía en ese grande y desventurado pueblo, que marcha «con tantas angustias hácia su regeneracion.»

Confieso que estas palabras, eco de las que pronuncian cada dia los críticos extranjeros, acabaron de avivar en mí el sentimiento del amor patrio, y de resolverme á ensayar si podria yo llenar, siquiera en parte, este lamentable vacío de nuestra literatura. Preguntábame como no lo habrian intentado otros ingenios y superiores talentos, de que por fortuna no carece, antes bien abunda hoy la España; pero miré en derredor, y los hallé casi á todos engolfados en los debates y cuestiones, y hasta en las rencillas de la política palpitante.

Voy dando cuenta de las causas que pusieron la pluma histórica en mi mano. Hiciéronlo asi Herodoto y Tito Livio, que lo necesitaban menos. Séame permitido imitar en esto á aquellas dos lumbreras de la historia, ya que en lo demas no pueda hacer sino admirarlos y envidiarlos.

Poseemos ciertamente en España muchas crónicas, muchos anales, abundancia de compilaciones, multitud de tablas cronológicas y genealógicas, de reyes, de príncipes y de familias ilustres. Las que gozan del nombre de historia son en lo general arsenales de noticias con mas ó menos arte y orden ensartadas, en que se dan puntuales y minuciosas descripciones, salpicadas tal vez con alguna máxima religiosa, ó con tal cual advertimiento moral que los mismos sucesos sugieren al paso: detenidas y circunstanciadas relaciones de guerras, de paces, de alianzas, de negociaciones y tratados, de batallas y combates, de triunfos y derrotas, de marchas y contramarchas de ejércitos, de arengas y razonamientos de caudillos, hecho todo con tal individualidad, que el autor parece haber marchado con la pluma en la mano detrás de cada guerrero, y recibido la mision de trasmitir los mas mínimos incidentes de cada encuentro, al modo que los taquígrafos de los tiempos modernos consignan y trasmiten, no solo las razones, sino hasta las palabras de cada orador de nuestras asambleas.

Mas á vuelta de tan minuciosos relatos, búscase en vano la influencia social que cada acontecimiento ejerció en la suerte del país, las modificaciones que produjo en el estado como cuerpo político, cómo y por qué medios se fué formando la nacion española, las causas y antecedentes que prepararon cada invasion, lo que quedó ó desapareció de los diversos pueblos que la dominaron, lo que ocasionó sus periodos de engrandecimiento y de decadencia, las mudanzas y alteraciones que ha sufrido en su religion, en sus costumbres, en su legislacion, en su literatura, en su administracion, en su industria y en su comercio: su historia.

en fin moral y filosófica. Hay hacinados materiales infinitos, pero el edificio está por construir.

En cuanto á los primitivos tiempos de España, no es maravilla que no tuviésemos historia; y gracias si debemos á algunos sábios de Grecia y Roma tal cual noticia del carácter y costumbres de los antiguos pobladores, y será siempre una necesidad, como ha sido una fortuna, el poder brujulear las páginas geográficas de Estrabon. Provincia de Roma despues la España, hubo que recoger de los historiadores romanos lo que de ella quisieron decir; y los que mas se estendieron, Tito Livio, Floro y Appiano, limitáronse á referir empresas militares, batallas, conquistas y fundaciones de colonias; muy poco dijeron del gobierno político de los pueblos. No escribían la historia de España.

Pasado el primer aturdimiento y la universal turbación ocasionada por la inundación de los bárbaros, la España se preparaba á figurar como nación aparte, y comenzó á tener escritores propios. Pero hubiera sido una injusticia pretender de aquellos hombres un trabajo histórico acabado. Eran obispos ó monjes, que, ó desde el pie de los altares á que estaban encadenados, ó desde el severo retiro de un claustro, se semejaban, como dice un escritor erudito, á los obreros que sepultados en el fondo de las minas envían á la tierra las riquezas de que ellos no han de gozar. Riquezas históricas eran estas, pero no podían ser historias, como no pueden ser metales puros y elaborados los primeros materiales que se extraen de las entrañas de la tierra. Sin embargo, ¿qué hubiéramos podido saber de aquellos tiempos tenebrosos, sin los esfuerzos y apreciables trabajos de Idacio y Pablo Orosio, del Monje de Viçlara, de los prelados

Julian é Illesonso de Toledo, de Isidoro de Sevilla, de ese portento de ingenio y de sabiduría que asombró al mundo de entonces, y admira y respeta todavía el mundo de ahora?

Otro tanto tenía que acontecer cuando la irrupción sarracena volvió á reducir lo poco que pudo salvarse de la España cristiana al estado de infancia de las sociedades. En los primeros siglos de ese esfuerzo gigantesco á que damos el nombre de reconquista, otros obispos y otros monjes, los que tenían la fortuna de vivir en algun rincón un tanto apartado del estruendo de la pelea, anotaban en breves y descarnadas crónicas los sucesos de mas bulto con la rapidez y el desaliño que la rudeza y la inseguridad de los tiempos permitía. Y esto no en España solo, sino en naciones no oprimidas como la nuestra por un enemigo extraño y poderoso. Las crónicas de Fredegario, de Moissac, y de Saint Gall, los anales Petavianos, los Fuldenses y los de Metz, no revelan menos la estrechez de la época que nuestros Anales Toledanos, Compostelanos ó Complutenses, y que las crónicas de los monges de Albelda ó de Silos. Algunos de estos escritos se reducen á tablas cronológicas de nacimientos y defunciones de los reyes, con la fecha de tal cual suceso notable, formando á veces un cortísimo número de páginas, que ocupan menos lugar que las notas que hoy el viagero menos curioso suele hacer con el lápiz en su cartera. La posteridad sin embargo ha tenido mucho que agradecer á aquellos anotadores de hechos, y serán siempre de un precio inestimable los trabajos de los obispos Isidoro de Beja, testigo de la gran catástrofe, de Sebastian de Salamanca, de Sampiro de Astorga, de Pelayo de Oviedo, de Lucas de Tuy, y del arzobispo don Rodrigo de Toledo.

A medida que se ensanchaba el territorio conquistado á las armas musulmanas, se desarrollaba tambien el genio y aun la forma histórica; y á los áridos cronicones y descarnados anales de los siglos VI hasta el XIII, reemplazaron en los XIII, XIV y XV otros anales y otras crónicas mas estensas y nutridas. Desde el autor de la historia del Cid en verso hasta Hernando del Pulgar, que floreció en la época de los Reyes Católicos, se dieron grandes pasos. Los principes mismos se honraban con el título y ocupacion de cronistas.

Multiplicáronse, como era natural, los escritos de este género desde que con la union de Aragon y Castilla pudo decirse que la España era una nacion. Vióse en aquel y en el siguiente siglo ir surgiendo una série de hombres doctos, que consagrados á ilustrar y ordenar la historia produjeron obras, si bien no exentas de preocupaciones y de errores, pero tampoco escasas de mérito y de dotes muy recomendables. No las cito, por lo mismo que es grande ya el catálogo. Contribuyeron á este desarrollo de la aficion á los trabajos históricos las plazas de cronistas y de historiógrafos, ya particulares de provincias, ciudades ó principes, ya generales del reino: feliz creacion de los soberanos de aquella época, que es de lamentar haya caido en desuso. Aquellos diligentes y laboriosos investigadores desenterraron multitud de documentos útiles, que yacian cubiertos de polvo en los archivos municipales y en los sótanos de los monasterios. Débeles la historia no ser todavía un caos tenebroso é insondable.

Morales, Zurita y Garivay puede decirse que la crearon, abriendo un nuevo camino y enseñando á tratarla con dignidad y con decoro. Morales, por lo mismo que tenia ya

otro criterio, no debió haber figurado como continuador de la bella coleccion de fábulas y cuentos que con el título de crónica habia ordenado y publicado Florian de Ocampo. Debíó haber deshecho la obra de éste, y levantádola él de nuevo. Garivay, escudriñador sin crítica, es todavía consultado con utilidad. No puede pronunciarse sin respeto el nombre del juicioso Gerónimo de Zurita. Este insigne historiógrafo de Felipe II, acudió á las verdaderas fuentes de la historia, á los archivos, y basó su obra sobre documentos originales. Mas ni los Anales de Zurita son una historia general de España, ni aunque lo fueran, llenarian las condiciones que hoy de la historia se exigen. Narrador minucioso y exacto, pero árido y seco en la forma, falto de elegancia como de filosofia, es un buen repertorio de los sucesos de la época que comprende, tan insoportable para ser leído por recreo, como indispensable á todo el que se ocupe de escribir historia.

Hacíase sentir ya demasiado la falta de una historia general de España. La nacion que de tantos desmembrados reinos habia logrado convertirse en una sola y vasta monarquía, la nacion que dominaba en la mitad de Europa, y se habia hecho señora de un nuevo mundo, no habia tenido un ingenio, que penetrando atrevidamente en el confuso laberinto de los abundantes materiales que andaban diseminados, los reuniera y ordenara, y redujera á un cuerpo de historia, en que pudieran aprender los españoles por qué série y encadenamiento de vicisitudes habia pasado su patria para llegar á ser lo que entonces era.

Esta tarea tan importante como difícil, fué la que emprendió el padre Mariana.

He llegado á la primera historia general que se escribió en España, y con desconsuelo hay que decirlo, la única que poseemos.

Despues como ántes de la obra del sábio jesuita, se han escrito historias particulares de reinos ó reinados, de provincias, de ciudades, de príncipes, de dinastías, de órdenes religiosas, de instituciones y de familias, memorias, sinopsis, compendios, ilustraciones, adiciones y anotaciones. Débense á algunos institutos religiosos trabajos importantísimos. Hemos tenido nuestros monjes de San Mauro: nuestros Montfaucon, nuestros Bouquet y nuestros Calmet, han sido el venerable y eruditísimo agustino Florez, y los ilustrados continuadores de la España Sagrada. Las Memorias de la Academia de la Historia contienen discursos llenos de erudicion, y elucubraciones importantes de épocas oscuras y de cuestionados puntos históricos. Son infinitas las obras de mas ó menos mérito, que se deben á la laboriosidad de hombres aislados; y cada dia ven la luz pública colecciones de documentos que se van exhumando de los archivos, tambien con mas ó menos criterio ordenados. Materiales inmensos; ningun edificio concluido.

La *Sinopsis histórica* del presbítero Ferreras es una narracion desnuda de todos los atavíos de la historia. Este laborioso y apreciable escritor, por ser demasiado cronologista, se hizo un seco ensartador de hechos sin ilacion ni trabazon alguna, cuya lectura solo puede soportar el que tenga precision de hacer sobre ella un estudio comparativo. Pecó Masdeu por el extremo opuesto en su *Historia Crítica*. Disertador difuso mas que historiador razonado, dejóse llevar del afan de lucir su genio crítico, su indisputable

erudicion, y su diction generalmente fácil, armoniosa y correcta; y su obra, mas que á historia de España, se semeja á una abundante coleccion de discursos académicos enderezados á refutar tradiciones recibidas ú opiniones generalizadas, y sabido es hasta qué punto se dejó arrastrar del amor á las novedades y de la pasion de la singularidad. Sus veinte volúmenes no llegan á la mitad de los que hubieran debido ser segun las dimensiones de su plan. El dean Ortiz, por el contrario, redujo su historia á tan cortas proporciones, que él mismo la llamó *Compendio histórico-cronológico*; eslabon intermedio entre las historias generales y los compendios. No es ciertamente la crítica filosófica lo que resalta en ella. El docto canónigo Sabau y Blanco, presentándose como modesto ilustrador de Mariana, tejió bajo el humilde título de *Tablas Cronológicas*, una nueva narracion de hechos, desde los tiempos mas remotos hasta la muerte de Carlos III. Ingirió, digámoslo así, una historia en otra, como quien reconoce la necesidad de reemplazar la antigua, y no tiene resolucion para formar una nueva; y por timidez ó por otras causas, no acierta á ponerse á la altura de su siglo, acaso con elementos para ello.

Sensible es en verdad que habiendo tenido España en los siglos XVI y XVII, historiadores que podian competir con los mejores que entonces poseian los demas pueblos de Europa; un Zurita, á quien llamaron algunos el Tácito español; un Mariana, á quien se comparaba á Tito Livio; un Mendoza, que se propuso competir con Salustio; un Solís, á quien podemos llamar el Curcio español, quedára despues tan rezagada en punto á literatura históri-

ca respecto á aquellos mismos paises. Y es que precisamente empezaron á decaer en España las letras cuando en el resto de Europa comenzó á florecer la filosofía, y siguió nuestro pais, como en la marcha política ha solido acontecerle, un movimiento inverso al de las demas naciones.

En el siglo presente es cuando algunos celosos é ilustrados ingenios españoles han procurado levantar de su postracion este ramo de nuestra literatura, y alcanzado honroso nombre y merecida fama con historias particulares de reinos ó provincias, de dominaciones ó de reyes, de instituciones religiosas ó políticas, de los códigos de nuestra legislacion, y de otras materias y asuntos interesantes y propios para aclarar nuestra historia. Hánlo desempeñado ya con otro criterio y otra filosofía que la que pudieron alcanzar los escritores de los precedentes siglos. Capmany, Llorente, Marina, Toreno, y otros aun mas modernos, cuyos luminosos escritos tendré muchas ocasiones de citar en mi obra, han hecho servicios eminentes á la historia nacional. Materiales y auxilios son de gran precio; pero es lástima que tan esclarecidos varones no hubieran acometido la empresa de dotar á su patria de una historia general.

Mas cuidadosos ó mas arrojados los estrangeros, parece haberse propuesto ó enmendar la incuria ó suplir la irresolucion de los ingenios nacionales que pudieran haberlo hecho con éxito. En obsequio á la imparcialidad debo decir que en algunas de sus obras he hallado erudición vasta, sensatez en sus juicios, no escasa copia de datos, método en la ordenacion, y mas conocimiento de las cosas de España que el que por lo general han mostrado otros estrangeros que de ella han escrito, no pocos en verdad con

asombrosa y culpable ligereza. Merecen en mi dictámen no ser comprendidos en el número de estos últimos, antes con mas razon ser incluidos entre los primeros, los historiadores generales de España Dunham, Romey, Roseew Saint-Hilaire, y los particulares Robertson, William Prescott, Weis, William Coxe, todos adornados de preclaras dotes y de mérito distinguido, aunque no igual. Asi de estos como de nuestros autores nacionales he adoptado y tomado en ocasiones varias ó palabras ó pensamientos, cuando he creido que no podrian expresarse mejor, como me separo de ellos ó los impugno en los puntos en que me han parecido inesactos, ó en los juicios á que no me ha sido posible conformar los míos.

Resultando de este rapidísimo exámen ser la obra del P. Mariana la única historia general española que poseemos, resta solo, para justificar mi ardua empresa, inquirir si aquella llena las condiciones que los progresos literarios, el gusto de la época y las nuevas necesidades intelectuales reclaman hoy en las obras de este género.

No puede negársele al sabio jesuita ni la gloria de haber sido el primer historiador general español, ni el mérito de haber recopilado, ordenado y reducido á un cuerpo de historia los infinitos materiales que andaban dispersos, ni la honra de haber borrado la nota de descuido que entonces nuestra nacion padecia. Hizo en efecto Mariana con los cronistas é historiadores que le precedieron algo semejante á lo que habia hecho Tito Livio con los antiguos analistas romanos, reducir á forma histórica lo que en ellos halló escrito; llevando tan adelante la imitacion de su modelo, que le siguió hasta en lo de hacerse inventor de bellas arengas,